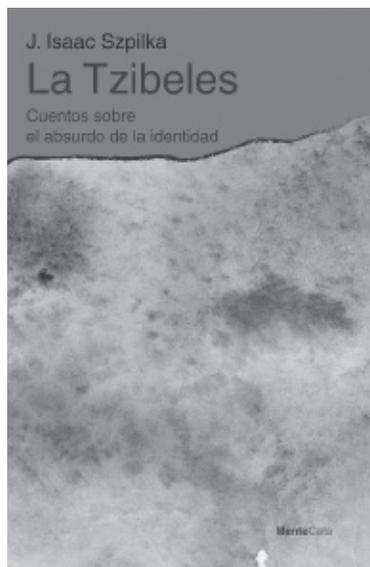


## La extraña consulta

JAIME ISAAC SZPILKA\*



\*Médico, psiquiatra y doctor en medicina por la Universidad de Buenos Aires. Fue presidente de la Asociación Psicoanalítica Argentina desde 1974 a 1976; vicepresidente de la Asociación Psicoanalítica de Madrid desde 2000 a 2004. En la actualidad ejerce como psicoanalista con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid y de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Autor de diversos libros entre ellos: *La realización imposible*; *Sobre la cura psicoanalítica*; *Una palabra de amor*; *Crear en el inconsciente* y *Crítica de la razón natural* (en colaboración). Siendo el presente libro de cuentos su primera publicación de género literario.

—¿Qué lo trae por aquí?

—Mire doctor. Necesito contarle algo muy extraño que me ha sucedido y que cambió totalmente mi vida.

—¿Totalmente?

—Sí, aunque le cueste creerlo fue como una transformación mágica. De pronto me convertí en una persona nueva. En realidad es como si no pudiera reconocerse. Si no fuera que siento vergüenza podría decirle que me siento mejor de lo que nunca me sentí en mi vida. Fue como un cambio tan largamente deseado, como si por fin me hubiera convertido en un hombre de verdad. No sé si va a poder entenderme, es tan difícil de explicar.

—¿Porqué cree que no voy a entenderle?

—No sé, usted es un “goy”, no sé si sabe lo que significa eso, es como los judíos llamamos a los no judíos, a los que eufemísticamente llamamos gentiles. Bueno, le decía que usted es un “goy”, nació “goy” de padres “goy” en España, y seguramente siempre se sintió seguro, dueño de su país, de su persona, con derecho a hacerse respetar y a ir y a venir cómo cuando y donde le daba la gana. Yo de niño en cambio estaba siempre tan preocupado por mi madre.

—¿Por su madre?

—Sí por mi madre. La recuerdo tan hermosa! muy rubia y de grandes ojos azules. Ya sé, usted va a decir que estaba enamorado de ella, que tenía eso que ustedes llaman un complejo de Edipo bárbaro. Bueno, puede que sí pero no me importa. Cantaba como los ángeles ¿sabe? Canciones polacas del pueblo de al lado de Varsovia donde nació, yo también nací allí ¿sabe? También cantaba en hebreo, en ruso y en “yidisch”<sup>2</sup>. Siempre eran canciones de amor. Cantaba cuando no estaba triste y to-

<sup>1</sup> Literalmente en “yidisch” no judío, gentil.

<sup>2</sup> Idioma que hablan los judíos centroeuropeos, mezcla de Alemán arcaico, localismos y palabras hebreas.

dos nos sentíamos t n felices cuando empezaba a cantar. Era una señal de que se le había pasado la tristeza y entonces todos podíamos alegrarnos. Yo quería ser un violinista famoso   sabe? Los violinistas más famosos eran judíos, habría oído hablar de Jascha Heifetz, o Yehudi Menuhin. De chico pensaba que era porque era el instrumento más fácil de transportar, eso que se dice de irse con el violín a otra parte, y como los judíos siempre tenían que escaparse. Claro, transportar un piano es más difícil, aunque también hubo grandes pianistas judíos, Rubinstein, Horowitz, que se yo, un montón. Lo cierto es que yo tocaba el violín, acompañaba a mi madre en las canciones y cuando ella dejó de cantar yo dej  de tocar. Me d  cuenta que sólo quería acompañar su canto y que después ya no me interesaba. Cuando no cantaba estaba melancólica, sus padres y hermanos murieron todos en el guetto de Varsovia, bueno, mis abuelos y tíos, sólo ella se salv  y no podía con la culpa. Me quería muchísimo y yo también a ella, sentía que me daría la vida si se la pidiera para salvarme.  Usted sabe doctor lo que es la certeza de que otra persona daría su vida por uno?

  Qu  es?

 Te obliga a ser tan bueno, tan complaciente, te hace cobarde, no puedes enfadarte nunca, no puedes ser malo, joder.  Sabe lo que es no poder ser malo? No me gustaba que me dijeran "rusito", seguro que a usted nunca lo llamaron rusito.

  Rusito?

 As  era como llamaban a los judíos en mi país, y me moría de ganas de matarlos a trompadas, pero no, un chico judío bueno no tiene que hacer eso, y daba rodeos por las esquinas para no encontrarme con la pandilla de "goym"<sup>3</sup> con los que no debía pelearme ni aún para salvar mi honor. Y al lado del intenso cariño me avergonzaba tantas veces de ser hijo

de inmigrantes judíos, porque no se si usted lo entiende pero no era lo mismo ser hijo de inmigrantes judíos que hijo de otros inmigrantes, españoles, italianos, y ni que decir ingleses o suecos o alemanes. No soportaba que dijeran "joives" o "boino" en vez de jueves o bueno, y cuando íbamos juntos de paseo o de compras yo me hacía el desentendido y andaba siempre unos pasos por delante o por detrás o al costado, como que no tenía nada que ver con ellos, y cuando hablaban en "yidisch" bueno, ya era el colmo. Estaba seguro que para poder ser fuerte había que poder ser malo y estaba convencido de que todos los sufrimientos del pueblo judío eran por eso, por una falta congénita de maldad. Porque en realidad los h eros judíos que yo encontraba, un tal Bar Kojba, ese de la rebelión contra los romanos del siglo II y que motivó seguramente la primera gran diáspora, o los macabeos del siglo II antes de Cristo, siempre me parecían una versión mejorada pero en el fondo igual a la del pastorcillo David con su honda contra Goliath, Goliath murió y perdió pero David nunca se transformó en un gigante.  Entiende doctor lo que quiero decir?  Y no cree doctor que son en el fondo las "yidische mames"<sup>4</sup> las verdaderas responsables de esa falta de maldad.

  Las "yidische mames" que es eso?

 Las madres judías doctor, con su tristeza y con su melancolía obligan a sus niños a que sean siempre buenos, tiernos, obedientes, y al final los vuelven cobardes, como dirían ustedes, los castran. A mi me fascinaba ver esas películas italianas en las que los mafiosos volvían con sus metralletas aun humeantes de disparar y haber liquidado a cincuenta de la banda rival, y la "mamma" los recibía con una fuente rebosante de tallarines y ravioles con tuco animándoles, "mangia mang a que te fa benne", y ellos tan campan-tes y felices llenándose la panza casi premia-

<sup>3</sup> Literalmente en "yidisch" no judíos, gentiles.

<sup>4</sup> Literalmente en "yidisch" madres judías.

dos por la “mamma” después de la masacre. Si doctor créame la culpa de todo la tienen las “yidische mames”, porque los que dicen que la judía y la italiana se parecen están completamente equivocados. ¿Nunca escuchó el chiste ese en que una madre italiana le dice a su hijo, si no comes te mato, mientras que la judía dice, si no comes me mato y me muero? Púes ahí está toda la verdad de la milanesa, los chicos judíos no podíamos ser mafiosos porque nuestras madres se mataban, mientras que los “goym” podían serlo porque las madres los mataban. En la fiesta de Reyes me moría de ganas de que me regalaran una escopeta, aunque fuera de esas que disparaban una balita de corcho que iba unida al cañón con un piolín, púes no, primero que Reyes era una fiesta de “goym” y nada de regalos y después que lo único que faltaba era una escopeta, a ver si te transformabas en un gangster del Bronx. Seguro que eso ya viene desde la historia del rey Salomón y las dos madres que se disputaban la pertenencia del bebé, seguro que una era una italiana y la otra una “yidische mame”, y mientras la primera decía que lo corten en dos con tal que ella se saliera con la suya, la judía prefería resignarse y matarse ella como madre en lugar de que le partan al nene en dos. ¿Y que hizo Salomón? Como el también había tenido una “yidische mame” juzgó que la que se mataba para salvar al nene esa era la verdadera madre. Pero Salomón no se preocupó por lo que iba a pasarle al nene que se salvaba, total como el era el rey no pudo pensar que el nene salvado de partirse en dos iba a ser un eterno y desgraciado deudor de la resignación melancólica de su madre. Como si siempre le dijeran, tú vives gracias a que yo me muero. Sí, estaba cada vez más convencido que para ser fuerte había que poder ser malo y que para ser malo había que tener una madre italiana que te podía querer pero también te podía partir en dos, y que en lugar de pre-

miarte con un soso dietético hervido “guefilte fish”<sup>5</sup> en la noche de “pesaj”<sup>6</sup> por portarte bien, te premiara con unos buenos ravioles con tuco todos los domingos y por portarte mal. ¿me entiende doctor?

—¿Porqué me pregunta tanto si lo entiendo?

—Porque el que no tuvo una “yidische mame” no puede entenderlo. Ahí empecé a buscar desesperadamente ídolos judíos malos, pero malos de verdad, como para poder identificarme como dicen ustedes, pero no Bar Kojbas ni Macabeos del tiempo de la pera que vaya uno a saber si eran o no eran de verdad. Después de mucho buscar por fin los encontré, dos boxeadores judíos famosísimos! No lo podía creer, uno se llamaba Daniel Mendoza.

—¿Mendoza?

—Sí, Mendoza, claro usted no puede creer que se llamara Mendoza y fuera judío, seguro que usted sólo conoció a Ramón Mendoza el presidente del Madrid. Pero es que los judíos sefardíes parecen más “goy” que los askenazis, si ni se los reconoce por los apellidos. Pues la vida del tal Mendoza me la empollé concienzudamente, un boxeador inglés sefardí, campeón de Inglaterra de todos los pesos desde 1792 a 1795, el llamado padre del boxeo científico ¿se imagina? Por fin, un científico judío malo y que pegaba golpes brutales y machacaba a sus rivales aún más pesados. Y lo descubrieron haciendo justo lo que mi madre no me dejaba, en una pelea con un cliente que amenazaba al propietario de la tienda donde trabajaba, casi lo mata. Se hizo tan famoso que lo llamaban la estrella de Israel y hasta llamó la atención del príncipe de Gales que lo tomó bajo su patrocinio. Incluso ma-

<sup>5</sup> Literalmente en “yidisch” pescado relleno. Comida típica judía.

<sup>6</sup> La pascua judía, conmemora la salida de los judíos de Egipto.

chacó a un tal Saint Martin al que llamaban el carnicero de Bath, ja ja se parece a San Martín nuestro prócer patrio, mientras todos lo recibían orgullosos en Londres por haber casi matado al de Bath no cantando el” Hatikva”<sup>7</sup> sino “See the Conquering Hero Comes”. Y me imagino que sabrá que al final del siglo XVI-II y principios del XIX el boxeo no era como hoy, que guantes especiales, que pantaloncitos, que protector bucal, que asistente en el rincón que te refresca, que va, entre asalto y asalto sólo descansaban apenas treinta segundos y los asaltos duraban hasta que uno se caía al suelo o doblaba sus rodillas, así muchos morían como moscas. Y en 1789, cuando todos festejaban la revolución francesa, libertad igualdad y fraternidad, Mendoza abre su academia de boxeo y publica su famoso libro El arte del boxeo, del cual se nutrieron todos los boxeadores modernos. Dicen que incluso fue el primer judío que hablo con el rey Jorge III. Ese sí que era un modelo ideal. Y del otro seguro que ni se enteró, se llama Arthur y le juro que tiene el mismo apellido que yo, qué orgulloso me sentía que de mi tan noble y antigua familia rabínica hubiera podido engendrarse un bestia así! Si no me cree vaya a Google y lo va a encontrar, polaco de Cracovia súper campeón de peso crucero ¿sabe qué es el peso crucero? entre mediano y pesado. Tenía una pinta de bruto maravillosa, y también fue descubierto en una pelea donde se estaban masacrando los seguidores de dos equipos de Cracovia, hasta estuvo preso casi un año, y cuando lo veía con esos bíceps tatuados me parecía el ideal de lo más fabuloso que se podía ser, vamos, mi ídolo, ser un capeón judío de boxeo era mi gran sueño, y en esa época en vez de mirarme en un espejo sacaba la foto de Arthur y me miraba fascinado en ella. Pues no ¿Se imagina diciéndole a

mi mamá que quería ser boxeador y que podrían llegar a despedazar a su nene? Se me iba a morir no una sino mil veces de dolor. Púes entonces me hice médico, un buen médico judío que iba a curar a todas las “yidische mames” de todos sus dolores para siempre, y mi sueño de ser boxeador se me quedó guardado para siempre en el subconciente, perdón en el inconciente, jorobándome la vida. Y en medio de esas torturas empecé un montón de tratamientos psicoanalíticos a ver si podía volverme malo con menos culpa. Pasé por divanes, kleinianos, freudianos, lacanianos etc. etc. Unos me decían que estaba demasiado castrado, otros que me faltaba castración, otros que no terminaba de matar a mi mamá, otros que no me atrevía a vivir con ella plenamente mi Edipo, y así pasaron muchos años hasta que pensé que la única solución sería migrar y poner un océano por medio.

—¿Y aquí como le fue?

—Bueno, a los pocos días de llegar sentí que se reproducían los mismos sentimientos de siempre. Ya no era que me llamaran rufino, sino que cuando descubrieran que no diferenciaba bien las eses de las ces y no pronunciaba bien las zetas y las elles, enseguida me dirían “sudaca” y que me daría casi la misma vergüenza que cuando mis padres decían “jovies” o “boino” en vez de jueves y bueno. A veces me cruzaba con un mendigo en la misma esquina de Chamberí y con un tono totalmente argentino me decía, ché dame algo por favor que tengo a la vieja enferma hace cuarenta años. Al principio pensaba, vaya con este listillo que se gana la vida con el cuento de la madre enferma, y me daban ganas de contestarle, andá a sacarle la guita a otro o me tomaste por boludo! Después me dio lástima y pensé que sería un mendigo judío y que lo que parecía un cuento chino de él era tal vez una profunda verdad, seguramente tenía dentro una “yidische mame” enferma que lo había llevado a ese estado de pobrecito, y

<sup>7</sup> El himno de Israel que significa en hebreo la esperanza.

seguí pensando que igual toda la humanidad estaría enferma porque eran todos hijos de una “yidische mame”. Eva o Sara o como se llame del antiguo testamento. Total que todo el mundo comenzó a darme pena empezando por mi mismo, como si yo fuera mi propia “yidische mame” ¿entiende doctor? Seguí así durante un tiempo, pero después empezaron a pasarme cosas que cambiaron de a poco el rumbo de mi vida y me hicieron ver lo bien que había hecho cruzando el océano.

—¿Sí, que pasó?

—Un día entre al Banco Hispanoamericano a abrir una cuenta y cuando el director me preguntó el apellido comenzó a halagarme, qué orgulloso debe sentirse de tener la misma nacionalidad que el Papa Juan Pablo, ojalá yo fuera polaco, un país católico de verdad, como éramos en España antes en vida del Caudillo que dios lo tenga en la gloria. Pícame el crédito que quiera, jamás desconfiaría de un paisano del Papa que nos salvó de los jodidos rojos, a ver si nos salva también de estos sociatas ateos que nos están arruinado el país. Pero ahí no termino la cosa, porque en ese momento entró un hombre muy alto y elegante, de pelo rubio muy lacio y de ojos muy azules muy profundos a quien el director saludó de una manera aparatosamente servil, pero qué casualidad conde Potocky, le voy a presentar a un médico compatriota suyo que acabo de conocer y a quien le dije lo orgulloso que debía estar siendo paisano del Papa Juan Pablo. El conde Potocky hizo una reverencia cortés y un suave taconeo y se ofreció para lo que pudiera necesitarle, porque la primera obligación que se tiene después de la familia es con los compatriotas, y más ahora que nuestro país volvió a la senda de la verdadera fe católica escapando por fin de las garras del comunismo, me dijo al mismo tiempo que me daba su tarjeta. Yo salí casi corriendo del banco empapado en sudor, aterrado de que pudieran descubrir la impostura, imagíne-

se doctor ¿cómo iba yo a ser compatriota de un conde polaco cuando mis padres se escaparon por los pelos en el último barco del guetto de Varsovia? ¿Cómo iba yo a ser compatriota de un conde polaco cuando mi mamá se asustaba y se sentía culpable frente a Jehová por pasar por delante de una iglesia? ¿Cómo iba yo a ser compatriota de un conde polaco cuando cada vez que le pedía a mi padre para ir al cine o para una porción de pizza me decía, ¿pero que te crees que soy el conde Potocky? Total doctor que me sentí un mezquino traidor por dejarme confundir con un patriota católico polaco, pero al mismo tiempo, para ser sincero sentí una profunda satisfacción. Era la primera vez que cuando decía que había nacido en Varsovia no me preguntaban ¿judío, no? Y no agregaban, cuánto debes haber sufrido por los campos de concentración. No, ahora me felicitaban porque era compatriota de un conde polaco nacionalcatólico y del Papa Juan Pablo. ¿Se lo puede imaginar? Corrí a casa y me puse a estudiar toda la historia del conde Potocky, igual descubría que tenía algo de bueno, que no había sido un antisemita feroz, que incluso igual en sus castillos habrían dejado que se escondiera y salvara algún judío. ¿Y sabe lo que descubro? Escuche bien ¿está preparado doctor? El conde Jan Nepomuceno Potocky de Pilawa, nacido en 1761 y muerto en 1815 fue un científico, historiador y novelista polaco, capitán de zapadores y célebre por su novela El manuscrito de Zaragoza. Pertenecía a una de las más acaudaladas familias de la más alta nobleza, con orígenes austríacos, polacos y ucranianos. Pero escuche bien y agárrese al sillón. Se cree que era un judío askenazi y se convirtió al catolicismo para poder desarrollar las relaciones con la alta aristocracia polaca mayoritariamente católica. Tuvo un espíritu progresista y liberal muy cerca de la corte polaca y de Estanislao Augusto que era uno de los grandes protectores de la maso-

nería a la que pertenecían muchos señores de la nobleza. Escribió una Cronología de los hebreos, estudio el Talmud y la Cábala, y en su célebre novela incluyó casi un centenar de páginas sobre la figura del judío errante. Entre 1810 y 1815 decidió eliminar esas referencias judías seguramente para ocultar sus orígenes hebreos dado que se casaba en segundas nupcias con la muy católica princesa Julia. España lo atrajo más que cualquier otro país en el momento en que gobernaba el ilustrado Carlos III, viajó por toda Andalucía y Sierra Morena y estudio las costumbres gitanas y su lengua, admiró a Diderot, Buffon y D'Alambert, acompañó a Blanchard en su célebre ascensión en globo y tenía una vida rica llena de creatividad y peripecias diversas. Se casa con su prima Constance después de la muerte de la princesa Julia, y cuando Waterloo acaba definitivamente con el imperio napoleónico y por ende con las ilusiones de los polacos de lograr una polonia independiente del dominio ruso, cae en una profunda melancolía y se suicida con una bala de plata que el mismo preparó pacientemente limando el asa de un azucarero. Pero además el conde Potocky era un gran mujeriego y contrajo la sífilis, lo que lo llevó a tener episodios de demencia y melancolía que lo le hicieron encerrarse en su castillo. ¿Quién era al final Potocki? Aristócrata, educado en Suiza, novicio de la orden de caballeros de Malta, oficial de ingenieros del ejército polaco, viajero empedernido, políglota, etnólogo, jacobino, masón, judío askenazi, librepensador. Total que yo ya no sabía quien era él y quien era yo, ni quién había mentido a quién en el encuentro con ese descendiente del conde Potocky que me habían presentado en la sucursal del Banco Hispanoamericano. ¿Los dos nos habíamos mentido, los dos ocultábamos a la “yidische mame” que llevábamos dentro? ¿Entonces ya no tenía que sentirme avergonzado ni acobardado? ¿Todos ocultábamos a una “yi-

dische mame” que se moría por nosotros llevándonos también al suicidio como al pobre Jan Nepomuceno Potocky? Comencé a sentir que podía empezar a ser el malo que soñaba ser, que tal vez no se trataba solamente de no tener una “yidische mame” sino saber esconderla muy bien detrás de una austríaca, ucraniana, polaca, italiana, española, rica, aristócrata, noble o vaya a saber cuántas cosas más, hasta igual prostituta. Decidí que iba a aprovechar todos los créditos que mi amigo director del banco me había ofrecido para comprarme muchos pisos y hacerme muy rico, saqué mi nueva ciudadanía española y dejé de temer que con la nueva oleada de inmigración latinoamericana iban a empezar a reconocerse a los apellidos judíos, porque la verdad doctor no me dirá que acá no había antisemitismo, en realidad era porque hacía como quinientos años que no había judíos, porque si no! Dejé de tener lástima de mí y de los otros y me prometí que iba a tener un acto de bautismo contundente, un acto definitivo para estrenar mi nueva nacionalidad y mi nueva identidad de “goy” malo, y que entonces podría ser para siempre como un Daniel Mendoza, un Arthur campeón de peso crucero, un mafioso italiano o el bueno malo de Jan Nepumoceno Potocky que Dios tenga en la gloria. Por fin todos mis compañeros de golf podían ser auténticos “goym” españoles, Jose Manueles, Jose Luis, Florencios, etc.

Así fue que un buen día paseando en mi Hummer recién estrenado, ¿vio esos coches acorazados con supertracción en las cuatro ruedas, que más que para pasear por la ciudad parecen tanques listos para entrar en la guerrilla urbana, y que son tan altos que uno mira a los demás coches como si fueran esos coches de juguete de los parques de atracciones? Bueno, iba yo tan acorazado en mi Hummer y me paró el semáforo de la esquina donde estaba siempre el mendigo argentino, ¿se acuerda ese que yo creía que era judío? Es-

taba pesadísimo, más insistente que nunca y hasta llegó a meter su mano torpemente por la ventanilla que apenas podía alcanzar, ché dame algo por favor que hace cuarenta años que tengo a la vieja enferma! En ese momento sentí una rabia tan profunda, un desprecio tan visceral, un asco que me habría llevado a matar, y entonces en voz muy alta y con mi mejor acento español, casi gritando para que oyera la gente que en ese momento cruzaba la calle e incluso los que estaban en los coches de al lado, porque no te vuelves a mendigar a tu país, sudaca de mierda, o te crees que los de aquí somos tan gilipollas que vamos a pensar que tienes una madre enferma desde hace

cuarenta años que no te deja vivir! Y es como si me hubiera sacado el veneno que llevaba dentro de mí desde que nací. Desde entonces doctor, usted no me lo va a creer, pero ya no me siento un impostor ni tengo miedo de que nadie me descubra, como si por fin fuera un auténtico “goy” malo que no va a sentir nunca más la menor angustia frente a la vida. Aunque no me lo crea me sentí por primera vez realmente curado.

—Pero hay algo que no entiendo ¿Y entonces para que ha venido a verme?

—Sé que es difícil que me entienda doctor, pero vine a verlo porque desde entonces he dejado de soñar.